

Dice el maestro

NACER OUBBOU

ilencio absoluto. Un viento matutino hace mover las plantas, gotas de agua cristalina brillan en las flores, el azul celeste y los rayos solares se reflejan sobre las tumbas blancas. Sobre la del maestro está escrito: "Roberto Murillo Zamora, 15-1-1939—4-9-1994". De pie, frente a la tumba, un montón de recuerdos poblaban mi imaginación. Aunque siento su presencia espiritual, su ausencia es más segura. Hace un año se fue el maestro, en un viaje sin retorno. Nos hace mucha falta en el campo universitario, en la Página 15 de *La Nación*, en el corazón. En todas partes dejó un inmenso vacío. Su muerte suscitó decenas de artículos, testimonios de sus amigos, de sus alumnos, de sus colegas. Hacerse admirar por tanta gente es la mejor prueba de que él era un artista de la vida.

Existen varias conjeturas sobre la muerte. Según Sócrates: "La muerte es una de estas dos cosas: o es como no ser nada y no tener ninguna sensación de cosa alguna, o, de acuerdo con lo que se dice, es un cambio y una migración del alma de este lugar a otro. Si no existe sensación alguna, sino que es como el sueño del hombre, que dormido, no sueña en absoluto nada, admirable ganancia sería la muerte... Si por el contrario, la muerte significa un viaje de aquí a otro lugar, y es verdad lo que se dice, que allí están todos los muertos, ¿qué bien puede haber mayor que este, jueces?" En los dos casos, la muerte es un bien para el filósofo ateniense. Y lo mismo se puede decir de su hermano costarricense. Si es como no ser nada, y no hay sensación alguna, pues la muerte pone fin al sufrimiento del ser mortal por naturaleza. Si, por el contrario, existe el Hades del que habla Sócrates, ¿qué bien puede haber mayor para Roberto? Hombre de palabra justa, sabio entre sus pares. Lo imagino entre los filósofos de todos los tiempos, de todas las razas, los cuales, si es verdad lo que se dice, se reúnen en tertulias allá también. Lo imagino en un diálogo infinitamente bello con Platón y su discípulo Aristóteles; o comentando a Tales los nuevos aparatos para observar las estrellas, sin el riesgo de caer en el pozo.

Lo imagino interrogando a Kant sobre sus cuatro preguntas, con Hegel discutiendo el significado del fin de la historia, o averiguando el enigma del eterno retorno y las sospechas nietzscheanas sobre el saber humano con Nietzsche mismo. Lo imagino buscando soluciones a las problemáticas irresolutas de su tesis con Bergson. Lo imagino, con su sentido del humor, echando carcajadas en

A un año mañana de su partida, hoy recordamos al filósofo, al maestro, al escritor y al amigo. Roberto Murillo fue un hombre y un pensador que al marcharse dejó entre quienes lo conocían y lo admiraban, que son otros y también los mismos, un vacío que aún nadie ha podido llenar. Y, la verdad, nadie lo intenta; no fue un ídolo, ni tampoco una leyenda, fue simplemente un hombre con capacidad de pensamiento y una gran voluntad de amor



Roberto Murillo

compañía de Cervantes, o hablando de poesía con Rubén Darío y Antonio Machado. Lo imagino contemplando las perfecciones divinas, como supo disfrutar las bellezas mundanas.

El mundo imaginario

Del alto del cementerio de Sabanilla que domina el Valle Central, se ve la Cruz de Alajuelita y las montañas que había cruzado en un inolvidable paseo con Roberto, hablando todo el día de una cosa y de otra.

Dando vueltas en el mundo imaginario, de repente me pareció que existe cierta posibilidad de dialogar con algunos muertos. En verdad los grandes espíritus no se mueren, quedan por siempre abiertos al diálogo. Con actitud meditativa y con mucha perseverancia uno puede

acercarse a sus pensamientos. He aquí una breve reseña de mi conversación con el maestro.

Como es bien sabido, cuando dos amigos se encuentran después de un año de ausencia, se preguntan mutuamente sobre la salud. A mi pregunta, cómo te sentías durante tu convalecencia, Roberto me contestó: "Una feliz mentira me hacía sentirme inmune a esta situación en que el individuo, por bien tratado que esté, degenera en un objeto de estudio, en imagen de pantalla, en suma y resta de cifras. En que un conocimiento analítico cada día más sofisticado nos hace sentirnos, palpamos por dentro, como teatro sin sentido de la lucha por la vida..."

¿Cómo no hablar de la Universidad con alguien que le dedicó más de la mitad de su vida? Parece que a lo largo de su carrera construyó algo

que puede llamarse: La universidad ideal según Roberto Murillo: "La Universidad es, como todas las cosas muy nobles, en cierto sentido inútil. Medir el valor de una Universidad por su capacidad para fomentar el desarrollo de la comunidad o por sus logros democráticos, es confundir lo esencial con lo accidental. La universidad no está en función de las necesidades socioeconómicas de un pueblo. Ella revela, al contrario, hasta dónde un pueblo tiene la nobleza de superar sus inmediatas necesidades socioeconómicas..." Insiste sobre la importancia de la investigación, de la creación y de la docencia; con él queda clara la primacía de lo académico sobre lo administrativo. Y cuando pronunció: "El fin fundamental de la Universidad es la creación de alta cultura," le pregunté: ¿Cabe hablar de cultura, ahora que la

gente quiere ingresar a la carrera, sin llevar filosofía, ni dominar un lenguaje, ni saber algo de la historia de la cultura? Algunos quieren obtener lo más rápido posible el título más práctico: algo como administración de empresas. Y lo más inquietante es que las autoridades universitarias tienden a estimular esta corriente de rápida insensatez. Se habla hasta del cierre de Humanidades.

Contestó sin equívoco: "La Universidad debe tener un centro, no tanto administrativo, como académico. Este es el sentido de una facultad central interdisciplinaria, del *Studium Generale*..." A lo largo de nuestra conversación, me pareció notarle cierta nostalgia de los tiempos de oro de las humanidades: "Quiénes ingresamos en la Universidad, en marzo de 1957, no hicimos examen de admisión: fuimos recibidos académicamente, no pedagógicamente, por Rodrigo Facio y José Joaquín Trejos, al inaugurarse la Facultad Central de Ciencias y Letras y los Estudios Generales. Lleno de flores y de esperanzas, aquel marzo me fue paradójico, lo recuerdo en claroscuro..." Hay un gran rasgón entre el pasado y el presente de este país, sin duda alguna hubo personas admirables con grandes ideales, los que sin muchos recursos crearon una universidad y dieron inicio a la esperanza.

Hoy en día, algunos enanos del pensamiento confunden deformar con reformar, otros van más lejos, hablan, incluso, de la privatización de la Universidad. Sobre el asunto la idea de Roberto es muy clara y precisa: La universidad verdadera "para ofrecer, como debe, igualdad de oportunidades, tendría que ser estatal"...

El lector benévolo entiende que una conversación entre amigos no tiene que seguir una línea recta, ni ser estricta y rígida. Ibamos de un tema a otro, sin orden alguno, según el tema de conversación que nos dictaban las circunstancias. Dada la crisis que vive el país, cómo no consultar a Roberto sobre la pérdida de los derechos adquiridos y, desde luego, sobre la pobreza creciente. El maestro me contó que la condición de vida ha venido deteriorándose...

PASA A LA PAG. 3

ANCORA, año XXIV, 34, 3 DE SETIEMBRE DE 1995

Editor:

Víctor Hugó Fernández

Diagramación:

Derive Castellón L.

Textos:

Charles Baudelaire y
Nacer Ouabbou

se desde la década de los ochentas, de ~~medir~~ no se habla del nuevo rico, sino ~~del~~ pobre. En sus palabras: "Entre ~~nosotros~~, los tiempos del nuevo rico murieron al nacer... Avanzó nuestra clase media, comprando siempre, sin mucho leer ni escribir, tratando de ganar en lotería o en política... Los precios del petróleo, la baja del café, los incalculables errores de nuestros políticos, nuestro desaparecido sistema de educación, todo esto ha contribuido a producir el nuevo pobre."

Dos costas ajenas

El retrato del nuevo pobre refleja la condición de miles de ciudadanos, y nadie está al abrigo de este peligro, basta que lo despidan a uno de su modesto trabajo, y ya se encuentra en la miseria con su familia. Hemos llegado a la conclusión de que la pobreza amenazadora es el cáncer de la sociedad costarricense, y dada la corrupción indiscreta, crece el sentimiento de la injusticia, de la envidia, de la frustración, de la desconfianza total en la clase política. Y así como crece el divorcio entre el pueblo y sus gobernantes, así parece que hay dos costas, ajenas una de la otra, una es Costa Rica, la otra es Costa Pobre. Y ello pone en peligro la

Dice el maestro

democracia y la estabilidad social. Lo cierto es que esta patria noble y pacífica merece algo mejor que esa "miopía política" de la que habla el maestro: "Necesitamos gobernantes, en todos los niveles que dejando en segundo plano el culto de la imagen, afronten seriamente los más serios problemas."

Tan distante y tan cerca de mi espíritu, no sé cómo abordamos el tema de la amistad, quizás porque es el mayor de los bienes, y el cimiento de la sociedad, como piensa Aristóteles. Ahora bien, el maestro hace la distinción entre lo que se dice comúnmente: "Muy amigo mío", es decir toda la gente conocida con quien se puede tener una relación respetuosa. Pero el amigo de siempre es otra cosa, es aquella persona en la que uno puede confiar en todo, en este sentido el amigo de siempre del maestro es Fernando Leal. Afirma Roberto irónicamente: "Somos muy amigos, aunque hace más o menos ocho años que no nos vemos, dices,

oh compatriota, a quien espero saludar en el limbo, que es el probable lugar de destino eterno para el costarricense de cepa." Un momento después añadió: "Cuando la muerte definitiva nos separa de los amigos, nos va matando poco a poco, porque va cerrando al porvenir ciertas vías de nuestro ser. ¿Qué será peor para la amistad, la muerte del amigo o la muerte de la amistad por obra del malentendido?"

Sé que se puede hablar de la amistad con los animales, tal como el perro. Si se pudiera extender la amistad a los objetos, diría que el más generoso es el libro. Por haber escrito libros, el maestro sabe que no es tarea fácil, sobre todo: "en un ambiente como el nuestro, donde no existe el 'nicho', como dicen los biólogos, para tan sostenida labor. En nuestra vida pública e institucional prevalecen de manera excluyente dos preocupaciones, muy relacionadas entre sí: hacer dinero y triunfar en las elecciones... Escribir un



Roberto Murillo

libro supone una ascética bastante ajena a los hábitos del trópico, una atención a lo importante, que no debe verse postergada por lo urgente."

Me he permitido esta conversación con Roberto como si estuviera todavía presente entre nosotros.

Sé que él no solo me perdonaría esta ingenua mentira, sino que compartiría conmigo la manera de dialogar con el amigo gracias al libro amigo, a través de su palabra hecha materia. Quiere decir, *Estancias del pensamiento. Segundas estancias*, y los números indican las páginas. Sus ensayos y sus artículos tan densos y condensados son el espejo más amplio y más bello de la sociedad costarricense de las últimas cuatro décadas. He disfrutado mucho leyendo sus relatos que invitan al diálogo y a la reflexión. De hecho los libros son una buena compañía, más cuando están bien escritos como los del maestro. Lo lamentable es que no se encuentran en las librerías. A propósito, estamos esperando la reedición de sus obras completas.

Allá, divisando el valle, en la verde colina donde reposa, queda el maestro sumergido en el majestuoso silencio de la muerte, mientras que su palabra sabia cobra vida en sus escritos, y su cálida presencia palpita en quienes seremos por siempre sus amigos.